

despertar el interés de los estudiantes por los problemas de la disciplina, y a proporcionarles unos conocimientos sólidos y un método de trabajo; se trata, en definitiva, de capacitar y motivar a los alumnos para que ellos, según sus gustos y necesidades, desarrollen los aspectos más acordes con su actividad profesional futura.

Con un objetivo funcional y comunicativo, los autores han conseguido que el estudio de la gramática contextualizada forme parte esencial en el aprendizaje de la lengua inglesa.

M.^a DOLORES GARCÍA FLORES

GIBERT, Rafael: *Mis memorias. Paisajes y recuerdos*. Ceuta, Concejalía de Cultura del Ayuntamiento, 237 págs.

Se han publicado los cuadernos autobiográficos de este insigne escritor ceutí, con prólogo de su hijo Rafael Gibert y Sánchez de la Vega. Se trata de unas reflexiones íntimas y sentidas, escritas con calor sencillo y sincero, en edición de José Luis Gómez Barceló patrocinada por la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de su ciudad natal.

El principal motivo que mueve a Rafael Gibert a escribir sus memorias es emocional: «Empiezo este cuaderno, en esta noche larga del otoño de 1938..., cuando la ametralladora, se-

gadora de vidas, hace sentir a todos en su propia carne un dolor agudo y desgarrador» (pág. 15). Pero, al contrario de lo que ocurre dentro del género de la «memoria», que se centra en el mundo de los acontecimientos, de los sucesos, en la narración de hechos significativos, el autor se acerca más al género autobiográfico, pues el tema real de su contenido es el carácter, la personalidad, las propias ideas; todos esos conceptos difíciles de definir, que en último lugar determinan la coherencia interna y el significado de la vida. Rafael Gibert no relata hechos, sino experiencias; es decir, la interacción del hombre y los hechos o acontecimientos, el significado que adquiere un acontecimiento cuando se contempla su existencia «como a caballo en la cuesta de una montaña», y desde allí se divisan dos paisajes:

... de un lado el que se ha recorrido y se ve con perspectivas con las que nuestra retina está familiarizada llenas de sensaciones propias de gratos recuerdos, porque en la lejanía hasta el dolor está dulcificado... y en la otra vertiente, como una interrogación a la que no queremos o no podemos contestar (pág. 15).

Los cuadernos autobiográficos de Gibert, que comienza en la barrera crítica de los cuarenta años, forman una serie viva de las impresiones registradas en su niñez y adolescencia. Recuerda sensaciones de alegría, de dolor, de

cosas agradables que le hicieron reír y de otras de horror, de miedo a la soledad, al ruido, a las personas desconocidas. Conserva una clara visión de su casa, en aquellos años en que la casa es todo el mundo para el niño y fuera de ella pierde su personalidad, aunque confiesa que incluso ahora le sigue sucediendo lo mismo: su corazón sólo se alegra con el regreso, «como la barca que termina la jornada pone proa a su puerto, como el caballo que de retorno saca fuerzas de flaqueza al olfatear su albergue» (pág. 33).

En sus memorias, mejor que en ninguno de sus escritos, Gibert pone de manifiesto la extraordinaria capacidad que poseía para retener sus impresiones y analizar después su significado. Aunque esté convencido de su incapacidad para recordar, principalmente fechas y nombres «—creo que deben faltarme en el cerebro las células-archivos para tales elementos—» (pág. 15), a pesar de los años transcurridos hasta la fecha en que comienza a escribir, los encuentra siempre lo suficientemente vivos para permitirle recrear con todo género de detalles ese fabuloso mundo de su niñez, con brillantes espectáculos callejeros llenos de colorido. Recuerda, por ejemplo, un desfile de circo, con su director al frente, vestido de etiqueta, «guante blanco y sombrero de copa, caballero en potro negro de crines rizadas, que mueve las patas al compás» (pág. 104). Ahora evoca todos esos acontecimientos, como estampas de tonalidades difuminadas por el

tiempo, maravillándose de no haberlas visto así cuando las vivió: «tan íntimas y cordiales que quisiera uno volverlas a vivir, para saborearlas con el perfume que ahora tienen de ternura y recuerdo» (pág. 88).

El «yo» que nos presenta Rafael Gibert en sus cuadernos es un yo introvertido, observador, amante del silencio, por lo que no aparece ninguna descripción de fiestas o festejos durante sus años infantiles y sí muchos momentos felices de lectura: «Envidio a los hombre fuertes, de fuerte epidermis, que no temen al roce ajeno, porque aquélla les aísla» (pág. 36). Los seres que poseen mayor sensibilidad necesitan alguna protección, alguna coraza que les separe del contagio exterior. Gibert confiesa que, de haber sido fruta, hubiera preferido ser nuez, pues «con su armadura sin resquicios rueda, suena, pero su vida es suya» (pág. 37). Este yo individualista, que sólo pretende transmitirnos sus propias sensaciones y experiencias —al igual que ocurre en los tomos autobiográficos de Henry James—, contrasta con la literatura autobiográfica que aparece en esta misma época, principalmente en Norteamérica, donde el «yo» se vuelve colectivo y persigue unos fines concretos: la autobiografía femenina, que tanto sigue ayudando en la lucha por la igualdad de derechos; la autobiografía de los negros, que se dirige a ensalzar sus profundas cualidades humanas; la autobiografía de los soldados de Vietnam, que intenta justificar la derrota e

insertarse en la vida americana de la que se sienten marginados, u otros grupos generacionales.

Por otro lado, como reconoce Gilbert, los españoles no somos especialmente partidarios de cultivar el género autobiográfico, quizá por exceso de individualismo, al contrario de lo que ocurre en Norteamérica, donde su importancia es tan clara que se reconoce oficialmente como una forma característica de la expresión americana, desde las memorias «trascendentales» o «proféticas» de los puritanos, con su simpatía por la tipología, hasta la novela autobiográfica de Frank Conroy o Alfred Kazin, donde el autor, el narrador y el protagonista se separan y diversifican, y sólo conoce el lector que se trata de una obra autobiográfica por la intención con que se acerca a ella.

En la autobiografía de Rafael Gilbert no se nos plantean estos problemas de interpretación. Advertimos, en primer lugar, un sentimiento de afiliación al pasado, a las personas que poblaron su mundo, no sólo las dos figuras de sus padres, que son las que aparecen más destacadas en todo el entorno familiar, sino también esos personajes imborrables, esas deliciosas figuras que pueblan su mundo infantil y que ve ahora en torno a su mesa, pidiéndole que no las olvide: el «calvo y pintarrajeado Lliyi, casi centenario, con sus lamentaciones jere-mías», el célebre «Pintor, que cambió los pinceles por el gancho de marisquero», o el venerado «médico

de los perros con los pies en la tierra y la cabeza en el laberinto interplanetario» (pág. 71). En segundo lugar, el significado que esas memorias tienen para él, a veces llenas de profunda tristeza: «El huérfano, ovillado, va por su atajo diciendo: “¡gracias, gracias!” A los padres nunca dijo “gracias”, ni cuando lo arropaban. Ahora, el enfado es pecado, y la risa es pecado» (pág. 90). Y, por último, como entorno y marco de todo ese conglomerado de personajes y significados, aparece la ciudad de Ceuta, su tierra, la ciudad blanca y azul entre cuyas murallas convivían tres religiones en hermosa tolerancia fraternal: «Nada nos es ajeno en el ambiente de la ciudad en que se nace» (pág. 112),

... su recuerdo vive en mi
—después de 35 años de ausencia—
saturado de un nostálgico
deseo de retorno (pág. 21).

M.^a ANTONIA ÁLVAREZ CALLEJA

LOPE DE VEGA: *Rimas I [Doscientos sonetos]*. Edición crítica y anotada de Felipe B. Pedraza Jiménez. Universidad de Castilla-La Mancha, 1993. 676 págs.

La Universidad de Castilla-La Mancha nos ofrece el primer volumen